

ñor Commelerán de su suficiencia, todos debemos felicitarnos de tenerle por compañero. Su ya reconocida maestría en la ciencia de Max Müller hace muy á propósito su auxilio para conservar y fijar el habla en que se atesora una de las más fecundas y hermosas literaturas del mundo, habla que sirve de medio para comunicar sus sentimientos é ideas á un pueblo compuesto de varias naciones hermanas de gran porvenir y glorioso pasado, que viven en esta península y extienden su imperio desde el Atlántico al Pacífico, desde California á la Tierra del Fuego, y en varias islas grandes y fértiles del mar que surcó Magallanes por vez primera.

Y si prescindimos de la utilidad con que el saber del Sr. Commelerán habrá de prestarse al cultivo de la lengua española, todavía me parece justo y conveniente recompensar y honrar hasta donde esté á nuestro alcance, y popularizar y fomentar el estudio de la filología comparativa ó lingüística, tan desatendido hasta hoy en la patria de San Isidoro, de Arias Montano y de Hervás y Panduro.



### EL PERIODISMO EN LA LITERATURA (1)

Con verdadera satisfacción acepté yo el encargo, que cumplo hoy, de contestar al discurso que mi querido amigo D. Isidoro Fernández Flórez había de leer en su entrada en esta Real Academia. Como asiduo y hábil cultivador de las letras españolas, fué elegido por nosotros. Sus cuentos, sus estudios críticos y otra multitud de composiciones breves, donde como refinada quinta esencia aparece el ingenio, bastan á explicar su elección, acreditándola de acertada. Pero todavía la justifica más el éxito dichoso y extraordinario que han tenido los trabajos de nuestro nuevo compañero. Lograr, sin el apoyo y sin la protección de los Gobiernos ó de los jefes de los partidos que se suceden en el poder, el favor decidido y constante de un público nu-

(1) Contestación al discurso de recepción del Sr. D. Isidoro Fernández Florez en la Real Academia Española, el día 13 de Noviembre de 1898.



meroso, y lograrle en dos sucesivas publicaciones periódicas, sin apelar en ninguna de ellas á violencias de lenguaje, á apasionadas y vehementes censuras y á otros medios conducentes á atraer la atención y á ganar la voluntad del vulgo por medio del escándalo, es prueba clarísima del mérito indiscutible de la persona que consigue tal triunfo. Y no puede negarse que el Sr. D. Isidoro Fernández Flórez, si no le consiguió por sí solo, fué principalísima parte en conseguirlo, primero en *El Imparcial* y en *El Liberal* después. Sin duda para fundar y sostener un periódico que agrade ó interese á la gente y que adquiera gran número de lectores y suscriptores, es menester habilidad, hasta cierto punto extraña á toda literatura, habilidad que esta Real Academia no toma en cuenta; pero por muy habilidoso que sea quien dirija la publicación de un periódico en las artes de administrarle, de confeccionarle materialmente para que agrade y de facilitar por donde quiera su difusión y su adquisición, todavía nada de lo dicho vale á la larga para el crédito del periódico y para conservar y acrecentar la estimación y la autoridad que se le conceden, si esta autoridad y esta estimación no se conceden primero á las personas que en dicho periódico escriben. Y esto es más innegable cuando el periódico es independiente, ó sea cuando no se escribe y se publica para defender y

aupar á determinado personaje político ó á una bandería organizada y regimentada que se vale del periódico como de ariete para derribar al Gobierno que existe, y como de escala ó andamio para encaramarse hasta aquella codiciada altura.

Un periódico de la mencionada clase podrá ser considerado como empresa industrial, pero siempre lo más substancioso que para llevarla á buen término se fabrique ó se produzca tendrá que ser literario, y la realidad de su mérito se acrisolará mejor cuanda el aplauso y el favor del público no se expliquen por el interés extraño á las letras de conseguir inmediatamente la victoria para una bandería.

En el caso de que hablamos, un periódico ya es eco de la opinión, ya es fuerza que la empuja y ya es faro que la dirige, y en cualquiera de estos tres casos tiene mucho valor literario, así porque expresa sentimientos y aspiraciones de una gran colectividad, como por el tino y buena traza con que acierta á expresarlos, á fin de que dicha colectividad los siga, los adopte ó los reconozca por suyos.

Conforme con los antecedentes precitados y con la índole y natural condición de su talento, es el discurso que el Sr. Fernández Flórez acaba de leer, oído con atención y gusto por cuantos están aquí presentes y aplaudido también por todos. No



impide la sobriedad del estilo la rica profusión de imágenes con que el discurso se engalana; la variedad de los puntos que toca no es causa de incoherencia, porque dichos puntos, diestramente enlazados, se encaminan todos al mismo fin; y no hay en el discurso digresiones caprichosas, porque todas concurren á dilucidar mejor la materia de que se trata. Cuanto el Sr. Fernández Flórez ha dicho lo celebro yo por ameno y por ingenioso: no poco de lo que ha dicho lo acepto y afirmo sin la menor discrepancia, como si yo mismo lo hubiera pensado y afirmado; y no faltan tampoco en su discurso sentencias y conceptos más recomendables, en mi sentir, por lo agudos y sutiles que porque se ajusten con la verdad exacta.

Como el asunto es extenso y se presta mucho á discurrir sobre él, ya corroborando unas afirmaciones, ya invalidando ó debilitando el vigor ó limitando la amplitud y transcendencia de otras, no ha de parecer mal que yo conteste de esta manera al Sr. Fernández Flórez, aunque sólo sea para que, al tratar de lo mismo, no coincida con él de tal suerte que repita lo dicho por él como si yo fuese su eco.

Ser periodista es, sin duda, profesión ú oficio, como ser ingeniero, abogado ó médico. Es evidente, asimismo, que el periodista debe ser literato: un literato de cierta y determinada clase. Pero ¿se in-

fiere de aquí que haya un género de literatura, distinto de los otros, que pueda y deba llamarse género periodístico? Sobre esto es sobre lo que yo no estoy muy seguro, aunque, si me inclino á algo, es á negar que haya tal género. Lo que distingue al periodista de otro cualquier escritor, poco ó nada tiene que ver con la literatura. La distinción que le da carácter propio es independiente de ella. Se llama periodista el literato que escribe con frecuencia ó de diario ó casi de diario en un pliego ó grande hoja volante, que se stampa periódicamente y se difunde entre el público, á veces por centenares de miles de ejemplares. Cuando se logra que estos centenares de miles de ejemplares sean comprados y leídos, el periodista que dispone de ellos y escribe, dicta ó inspira su contenido, no puede negarse que posee un instrumento poderosísimo para influir en la opinión; para modificarla ó dirigirla, ya en buen sentido, ya en malo. Nunca el autor de un libro, por extraordinario y dichoso éxito que el libro tenga, influirá inmediatamente en el ánimo de los hombres con la rapidez, extensión y eficacia que el que en un periódico escribe. Tal vez en Francia, en Inglaterra y en los Estados Unidos, que son á mi ver, los países en que más libros se leen y se compran, llegará algún libro de autor eminente ó muy afortunado, á contar por centenares de miles los ejemplares vendidos. Lo que es en



España, bien se puede afirmar que, salvo en casos rarísimos y muy excepcionales, nunca pasan de seis mil ó de ocho mil ejemplares de un libro los que llegan á venderse y esto no de súbito, sino á la larga y después de haber sido el libro anunciado, ensalzado y glorificado por la crítica del periodismo. En cambio, un artículo de periódico se lee, se comenta, se aplaude; y puede influir en los sucesos políticos y sociales de una nación con prontitud pasmosa. La vida del artículo podrá ser efímera, su autor no alcanzará gloria ni nombradía; acaso no la pretenda ni la busque y conserve el ánimo, pero es innegable el poder avasallador de que es capaz un artículo de periódico, y no cabe comparación entre las conquistas que lentamente puede ir haciendo un libro y las que puede hacer un artículo de periódico en las veinticuatro horas que persiste y circula el número que ha salido estampado.

Esta y otras muy importantes diferencias se dan entre el libro y el periódico diario, mas no por eso tienen las diferencias nada que ver con la literatura: son extrañas á ella. El libro es un medio de publicidad y el periódico es otro. De ambos medios se vale ó puede valerse el escritor, pero no hay en realidad diferencia literaria entre ambos medios. De una serie de artículos se forma á menudo un libro, y de fragmentos ó pedazos de un

libro se hacen á menudo también no pocos artículos de periódicos.

Tan cierto es lo dicho, que no hay arte de escribir y de hablar, donde, entre los diversos géneros de discursos escritos ó hablados, se califique el periódico como género aparte. Hay poesía y prosa. La poesía es y puede ser lírica, épica y dramática, con no pocas subdivisiones ó especies híbridas, como elegías, sátiras, epístolas y fábulas. La prosa puede ser didáctica ó no didáctica, dirigirse á enseñar, á deleitar ó á la vez á ambos fines; puede ser narración verdadera ó fingida y llamarse historia, novela ó cuento. En suma, y para no fatigar á nadie, ¿quién desconoce ó ignora los diferentes géneros en que pueden dividirse los escritos, ya por los asuntos de que se tratan, ya por la manera con que son tratados los asuntos? ¿Hay entre estos géneros modo de calificar, distinguir y separar de los otros y determinar un género especial que llamemos periódico? Yo creo que no le hay. Al contrario, cuantos son los tonos, géneros y manera de escribir caben en el periodismo. Y nada hay que no pueda insertarse con éxito en los periódicos, cuando la inserción es oportuna y atinada. La cuestión está en que venga á cuento ó á pelo lo que se inserta, presuponiendo que no es malo ó tonto, sino que es ameno é instructivo.

Y no se me arguya con que la brevedad, el la-



conismo, el arte de decir mucho en pocas palabras es especial condición del estilo periodístico. Obras maestras, dechado de estilo conciso son, por ejemplo, no pocos diálogos y otras obrillas de Leopardi, y yo no sé que al escribirlas pensase él que iba á insertarlas en un periódico. En tiempo de Luciano no consta que los hubiese, y Luciano, no obstante, compuso multitud de obrillas tan cortas y ligeras, que muchas no llenan más de una página.

La condición de mi espíritu, tan contraria á la clasificación y distinción de géneros, no creo yo que perjudique ni que amengüe el concepto que del periodismo y de los periodistas tengo formado; antes bien, los coloca en un razonable justo medio, no menos distante de la pomposa exageración con que alguien los ensalza, que del feroz aborrecimiento y del fingido menosprecio con que alguien los deprime. La hipérbole encomiástica me ha repugnado siempre, y cuando algo del encomio me ha podido tocar por contarme en la colectividad encomiada, he solido rechazarle con pudorosa modestia. Durante más de cinco años he sido yo periodista, ó sea redactor constante de un periódico diario, que gozó de alguna celebridad en su tiempo. Mas á pesar de esto, jamás he empleado yo, ni he aprobado en otros, el empleo de frases como las siguientes: *el cuarto poder, el magisterio ó el sacerdocio de la prensa, su martirologio y su*

*apostolado.* En cambio, siempre me ha sorprendido como absurda extravagancia, y he oído ó leído, ya con enojo, ya con risa burlona, los dicerios y anatemas que contra la prensa fulminan no pocos sujetos, sobre todo si presumen de aristócratas, de conservadores ó de morigerados y juiciosos. Me atreveré á recordar aquí, á este propósito, que la vez primera que tuve la honra de representar al Gobierno español en los países extranjeros, fué en Francfort, cerca de la Dieta germánica. Era Presidente de la Dieta un nobilísimo conde austriaco, fino, amable, inteligente y dechado, en suma, del buen diplomático chapado á la antigua. Según costumbre, el conde me obsequió con un banquete para celebrar mi venida. Y entre las muchas cosas de que allí se habló, el conde con verdadero entusiasmo, tuvo á bien poner por las nubes á uno de los que me habían precedido como ministro acreditado cerca de él. Y no fué sólo el conde, sino su mujer también, linda y elegante señora, perteneciente á una antigua é histórica familia francesa, y casi todos los demás convidados, los que le acompañaron é hicieron coro, preconizando al mencionado predecesor mío como raro modelo de discreción, elegancia, afabilidad, cortesía, don de gentes, tino para los negocios, conocimiento de los hombres y de las cosas y buena maña para ganarse la voluntad y el afecto de cuantos le trataban. Lo ma-



raviloso, lo estupendo, lo inaudito para el conde, y así lo expresó después de hacer tantas alabanzas, y casi todos los allí presentes convinieron con él, era que mi tan encomiado predecesor había sido periodista: había saltado, salto casi inconcebible para aquellos señores, desde la prensa á la diplomacia. Ya se comprende que yo, no sólo por compatriota, sino por amigo que era entonces de mi predecesor encomiado, aprobé y aplaudí los elogios, que además me parecían justísimos y merecidos. En lo tocante á la inverosímil anomalía de que el elogiado hubiera sido periodista, no sé si hice mal ó hice bien, pero consideré lo más oportuno no salir allí á la defensa del periodismo, convirtiendo en aula académica de controversias la sala del banquete.

A través del odio reconcentrado y del desprecio más ó menos aparente que en cierta sociedad escogida de esto que se llama la *high life* suele manifestarse contra el periodismo, tal vez por moda, tal vez por manía, se entrevé casi siempre la involuntaria estimación que inspira el talento del buen periodista á los mismos que tan acerbamente le censuran. Así recuerdo yo que allá en mi primera mocedad, en cierta reunión de sujetos muy distinguidos, se pronunciaron contra periódicos y periodistas los más apasionados discursos, tratándolos como á casta de gente abominable y dañina, cuya

es la culpa de cuantos males sobrevienen: de las mudanzas, trastornos y revoluciones, y de la perversión moral y política que aflige á los Estados. Uno de los asistentes á la reunión, reconocido por algo simple, con severidad ó con injusticia, á lo que yo entiendo, se creyó en el deber de defender á los periodistas y hasta se dió por ofendido y por injuriado, asegurando que él había sido periodista también. Entonces todos cuantos habían hablado contra los periodistas se deshicieron en excusas y satisfacciones al que con tanto calor los defendía, rogándole que no se enojase, que se aquietase y que no se diese por aludido, porque él nunca había sido periodista en realidad, sino que sólo lo había soñado. De esta suerte, con delicada é involuntaria socarronería, vinieron á declarar implícitamente los detractores del periodismo que para ejercerle se requieren prendas y facultades de entendimiento y de voluntad, que no son muy comunes, y sin las cuales se tiene por increíble que alguien escriba en los periódicos, por más que pueda hacer en las tertulias papel no muy desairado.

No hay efecto sin causa. El odio que inspira el periodismo en algunas clases ó agrupaciones de gente, no hemos de negar que tiene algún fundamento, que tal vez nace de ciertos deplorables abusos. El insulto procaz, la calumnia, la injuria, la difamación de la vida privada, penetrando á veces